

Miércoles XV del TO  
Ciclo B



17 de julio de 2024

Is 10, 5-7.13-16

Sal 93

Mt 11, 25-27

P. Eduardo Suanzes, msp

Cuando nos encontremos definitivamente con Jesús tal vez él no nos reprochará nuestra falta de fe, ni nuestra falta de amor y de confianza; tampoco, quizá, nos echará en cara nuestros pecados, sino nuestra falta de alegría<sup>1</sup>. ¿Somos, como discípulos de Jesús, verdaderamente felices? ¿No sucede a mucha gente, que deambula por la vida con un permanente complejo de culpa y por lo mismo de preocupación y tristeza, porque unos *sabios y entendidos* les han abrumado con el pecado desde su más tierna infancia, en lugar de fomentar la experiencia de la alegría de encontrarse con Jesús? En el Evangelio de Juan Jesús expresó a sus apóstoles lo siguiente: «*Les he dicho todas estas cosas para que mi alegría esté en ustedes y su alegría llegue a su plenitud*»<sup>2</sup>. ¡Lo que Jesús busca es la alegría en los que le siguen!

Y ahora, en este texto descubrimos a Jesús emocionado<sup>3</sup> por la gente pequeña y sencilla. Y esta explosión de alegría de Jesús sobre los pequeños es como aquel abrazo que dio a aquel chiquillo que puso en medio de sus discípulos<sup>4</sup>. Es decir que para el discípulo que quiere hacer suyo lo que está mostrando el evangelio, todo esto implica que mi abrazar-identificarme yo con un pequeño va a ser abrazar-identificarme con Jesús, pues Jesús se ha abrazado-fundido ya con el pequeño. Y, viceversa, que abrazar-identificarme con Jesús implica abrazar-identificarme con el pequeño. Y, en su nivel más profundo, este abrazar-acoger al pequeño-Jesús va a ser abrazar a Dios mismo, fundirse en Dios, identificarse-ser en Él. La cadena continúa hasta su destino como en una secuencia: yo-pequeño-Jesús-Dios.

Hay que resaltar, sin embargo, un dato: en ningún caso se deduce de esta reflexión que «los pequeños» (los postrados, los sencillos, los últimos, los necesitados... «los demás») sean tan sólo un medio para llegar a lo que importa, que sería Jesús y sería Dios. No. No hay instrumentalización ni utilización de nadie, sino que Jesús alaba a su Padre por los pequeños porque ese es su lugar, precisamente porque lo son. Ellos, los pequeños son los importantes, importan por sí mismos, por su calidad de últimos y postrados, por su pequeñez, por su necesidad. Algunas personas religiosas atadas todavía a nuestras mentes no vemos eso. A veces queremos ir directamente a Dios, que es quien importa, y no vemos que Dios es en los pequeños. Es decir, que vemos que los pequeños son «otros» aparte del «Otro» que Dios es. Pero esto no es así. No hay dualidad. Todos estamos interrelacionados, todos somos en Dios, «*en él nos movemos, existimos y somos*»<sup>5</sup>;

---

<sup>1</sup> SERGIO GARCÍA GUERRERO, MSPS. *Homilía. 9 de julio de 2017*

<sup>2</sup> Jn 15,11

<sup>3</sup> ...y el evangelio de Lucas nos dice, relatando la misma escena, que «*se llenó de alegría en el Espíritu Santo*» (Lc 10, 21)

<sup>4</sup> «*Llegaron a Cafarnaúm y, una vez en casa, les preguntaba: «¿De qué discutíais por el camino?» Ellos callaron, pues por el camino habían discutido entre sí quién era el mayor. Entonces se sentó, llamó a los Doce, y les dijo: «Si uno quiere ser el primero, sea el último de todos y el servidor de todos.» «Y cogiendo a un pequeño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: El que acoge a un pequeño de estos como si fuera a mí mismo, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, no es a mí a quien acoge, sino al que me ha enviado»* (Mc 9,33-37)

<sup>5</sup> Hech 17,28

debemos darnos cuenta de la no-separación de nadie con respecto a Dios. El pensamiento religioso lleva muchas veces a dualizar, a poner a Dios en un ámbito separado de la realidad, cuando Dios es en la realidad una, la única realidad, en la que todo es. Esa visión mental sitúa a las personas fuera de la realidad divina, y, por ello, para ciertas mentalidades religiosas, las personas no importan, o importan muy poco, y quien importa es «El Otro», es decir, Dios. Nace así una religiosidad individualista, de relación yo-Dios, que deja al margen a los otros «otros».

Primero Jesús da gracias a su Padre porque *estas cosas*, como él dice, se las ha escondido a los sabios y entendidos, pero se las revela a la gente sencilla. «*Esas cosas*» están en las manos de Jesús, porque ahí las ha puesto el Padre. «*Esas cosas*» son la alegría de Jesús a la que sólo tienen acceso los sencillos. Y Jesús se alegra por ello. Estalla de alegría por los que son sencillos, porque ellos accederán a sus manos, a lo que Él tiene ahí reservado para cada uno de ellos. La revelación del amor de Dios podía haberse hecho de manera deslumbradora y autoritaria. Sin embargo, el Padre ha querido hacerla depender de la disposición del hombre, precisamente por eso, porque es amor.

Los que no tienen acceso son aquellos que creen saberlo todo de Dios: esos están, en realidad ciegos, incapaces de descubrir la sorpresa de Dios en Jesús, porque están atados por sus falsas imágenes de un dios que nos carga de preceptos, observancias y culpas por no cumplirlos. Un dios tan diferente del Dios de Jesús, el Dios que ama y que libera, que nos descarga de nuestros pesos y los toma consigo, que nos quiere felices<sup>6</sup>. La salvación no depende, pues, de una mayor o menor facilidad para conocer e interpretar la Biblia, porque ese no es el verdadero conocimiento de Dios, sino de la capacidad para captar el paso de Dios en la historia y de la disponibilidad para aceptar su llamado<sup>7</sup>. El conocimiento de Dios consiste no en conocerlo a través de la sabiduría del estudio de la Ley sino en conocerlo como Padre, experimentando su amor, y solo se consigue esta experiencia por la comunicación que hace Jesús del Espíritu que recibió. Esa es la diferencia entre “*sabio y entendido*” y “*gente sencilla*”.

También podemos entrever en estas palabras de Jesús, una recomendación indispensable para nuestra vida, una invitación a una vivencia de su intimidad. Jesús es el íntimo de Dios, siendo esa comunicación, esa unión e intimidad, su ser más profundo, hasta el punto de que él no se conoce ni se entiende a sí mismo si no es en relación con el Padre, en el interior mismo del misterio de Dios y como formando parte de él. Y es precisamente aquí donde se sitúa esta otra clave de interpretación de este texto. Porque Jesús lo que quiere hacer es revelar, comunicar y hacernos partícipes de esa cercanía única e insuperable con su Padre. Por eso es que en otro pasaje, lleno de alegría, se vuelve hacia los discípulos y les dice: « *¡Dichosos los ojos que ven lo que ustedes ven! Porque les digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que ustedes ven, pero no lo vieron, y oír lo que ustedes oyen, pero no lo oyeron*»<sup>8</sup>. ¿Qué es lo que veían y oían los discípulos? Nada sensacional, por supuesto. Simplemente, veían y oían a un hombre falto de poder, de riqueza y de saber, pero que les hablaba de Dios como de su Padre, y lo hacía con tal sensación de presencia que todo su ser dejaba traslucir un amor y una ternura infinitos.

---

<sup>6</sup> Cfr. INMA EIBE, CCV. *Venid a mí*. En [www.feadulta.com](http://www.feadulta.com)

<sup>7</sup> SERGIO GARCÍA GUERRERO, MSPS. *Ibid.*

<sup>8</sup> Lc 10,23-24